

## MOZAGA

Fuente: Agustín de La Hoz

**M**ozaga está enclavada hacia el este de la prehistórica aldea de Hainaguadez, bastión que luchó durante varios años contra las huestes franco-normandas, hasta que el volcán del Islote la sepultó para siempre. Mozaga, que debió llamarse Hainaguadez, se llama así de pura juventud.

Los pueblos que el viajero recorre por esta meseta central de Lanzarote forman verdaderas comunidades de intereses, hermandades afectivas de familias, vinculadas por territorio y por identidad de usos y costumbres. No ignoran entre sí sus respectivos problemas, porque los de unos y los de otros son paralelos y se presentan con iguales fundamentos y necesidades. Estos pueblos, como Tia-gua, Tao y Mozaga, no tienen todavía personalidad jurídica ni constituyen por sí solos municipios, aunque se pasen la vida soñando el logro de sus respectivas autonomías y tengan el alma en vilo hasta poseer alcalde y párroco...

Desde Tao a la infantil Mozaga anda uno «descubriendo», a cada tramo, minas de cenizas, pertenecientes a viejísimas erupciones, ya sedimentadas, formando capas diversas que pueden contarse y distinguirse según se ahonde en la corteza terrestre. Es esa «sal gema» de Lanzarote tan útil a la tierra, cuyos óptimos resultados bien expuestos quedan si contemplamos los suelos, que ha poco eran eriales, transformados en fincas excelentes, capaces en buen año de rendir dos cosechas. Por aquí se ven «roferos» que son auténticos claustros de paredes complicadas, que si se mantienen a pesar de sus muchos metros de altura es por verdadero milagro, incluso burlando las leyes de la gravedad. Se admira el viaje-ro, porque tales paredes son de minúsculos granos de arena, y bastaría el menor



arañazo para que se formara un alud considerable y peligroso. ¡Cuántos campesinos han abonado con sus vidas el tributo que le exigen esas «minas»! ¡Cuánto luto en los hogares para alcanzar la fecundación, por mágica virtud de la arena, en las tierras estériles! Porque, a veces, en Lanzarote se muere el hombre para que reviva el suelo, como si el sacrificio humano fuera la pagana ofrenda exigida por la naturaleza, que sin dar mucho apenas da nada sin el previo regusto de tan crueles holocaustos. No se lucha en Lanzarote tan sólo contra la pertinaz sequía, que es agónica, ni en particular contra la turba de los alisios, que son constantes y diabólicos... En Lanzarote, se lucha además contra los mil inconvenientes que supone recubrir a las tierras resacas de ese «lapilli», benefactor, con sus traiciones y cruces.

Entra uno, pues, en Mozaga y en seguida se topa con la típica escena agrícola, porque sobre los paños verdísimos vienen recuas de pacientes dromedarios y borriquillos, los primeros arados en la cruz y los últimos con alforjas repletas de fresca rama. El colorista vestir de las mujeres dulcifica la presencia cansina del labrador, cachorro bien calado y su invariable bardino. Todos regresan del campo... cada cual con su alegría, pero en las adelantadas orejas de los burros y en las ratoniles de los camellos, las narices bien abiertas, hay insoslayables muestras de contento porque saben la libertad que les aguarda tan pronto suelten los apuros en el alpende. El viento sopla sin merced a través de las escorias cordiformes, llanas y desarboladas, a no ser algunas higueras que parecen escapadas y se camuflan en medio de las grietas del volcán. Estos frutales antojan árboles huidos de sus agrupaciones, como si se negaran a vivir en comunidad, deseando tan sólo no dar de propia cuenta tregua alguna al escolo ni a los vientos. Así se explica que cuando las mozas acuden a la recolección, vayan embozadas, solamente visibles sus ojos entre la sombrera y el pañuelo.

A la vista de Mesa Honda, la mejor labrantía de Mozaga, tendrá el viajero la impresión de estar rodeado de tuneras «indias», que se alongan sobre el camino enseñando sus frutas silvestres, con forma de clásico trompo, y que tanto gusto y sabor dan a los pastorcillos cuando el tuno cardenal, rezuma, de puro paso, su tinta halagadora. Un río de lavas cordiformes, invadido de líquenes, pasa por la carretera, y sobre ese suelo que parece un gran derroche de asfalto, crecen las tabaibas y los raros berules, esa típica *Kleinia neriifolia* que tanto agradece el paisaje, con sus flores inodoras y diminutas. Aquí y acullá hay piteras que exhiben sus elegantes pitones, como si en el suelo despoblado hubieran candelabros funerarios.

Ya en las «puestas» de Mozaga no se siente ningún latido de vida, y el paisaje continúa conservando su salvaje pureza. Todo pueblo adentro, parece virginal, porque nada altera la hermosura de su panorama. Es la hora del Angelus y de esta oración participan los especieros frondosos, las incipientes palmeras y los eucaliptus oscilantes, que encajonan el sendero con el rumor quedo de sus ramas,



éstas ahora de un intenso verde, donde pían y revuelan enjambrados los pájaros antes de dormir. El viajero llena los pulmones de aire sano y oloroso... Una casona sobresale y se impone el resto del caserío, sin que se sepa bien dónde muestra su insular estilo y dónde sus pretensiones del «Al Andalus», porque por tener estilo tiene traza rara. Uno se interna por Mozaga rebasando trechos entre muros de maleza, y anda los caminos arenosos, de piso desigual, como si paseara una población abandonada por sus moradores. Incluso una anciana, de negra mantilla, que hace pasitos menudos, más que persona parece una sombra del pasado... Los habitantes de Mozaga parecerán siempre nada más que sombras, porque a cada paso se les ve cruzar, de aquí para allá, sin exhalar un suspiro. Es el detenido temblor de una vida lejana, la presencia casi fantasmal de gente que parece vivir horas pretéritas, que no se quieren morir y se aferran a la vida sonambulizando a esta población de Mozaga. Porque, por algo, la gente ésta hace una existencia distinta, lenta y honda, que apenas se les descubre en los ojos y en el espíritu. Acaso, por tan índole, Mozaga haya aceptado como cierto, y sin más discusión, un error de las viejas crónicas. A finales del siglo XVIII se coló en Mozaga la leyenda piadosa de la Virgen de la Peña, que como es bien sabido tuvo su lugar en Santa María de Betancuria (Fuerteventura), por el barranco de Las Peñas, cuando Fray Diego, notando la extraña ausencia del teólogo Julián de San Torcaz, se lanzó a las malezas en busca del fraile<sup>1</sup> desaparecido. Fray Diego, que llegaría a santo, iba preguntando a los pastores, a las aves del cielo, y a los animalitos de la tierra, si vieron pasar a Fray Julián. Algunos respondíanle que no vieron a San Torcaz, y añadían:

*«Lo que vimos, Padre,  
fue, anoche, en las Peñas,  
llamas que subían  
hasta las estrellas;  
y el valle encendido  
de una viva llama...»<sup>2</sup>*

Pero, Mozaga, no sabemos por qué razón asegura que también en la Peña, de unos cinco metros de alto, se apareció la imagen de aquella Virgen que protegiera a San Torcaz. Sea como sea, Mozaga tiene por patrona a Nuestra Señora de la Peña, siendo su principal referencia un acta de asientos<sup>3</sup> que alude a la importación de «una pequeña Virgen de la Peña para protección de estas tierras amenazadas por el volcán, de gente piadosa de Fuerteventura». La talla es muy corriente, fabricada, al parecer, en serie, e idéntica a las que todavía se ven por las casas particulares de aquella isla mahorera.

En realidad, es Santa Lucía la que más gente agradecida lleva a Mozaga, no sólo en su fiesta de 13 de diciembre, sino durante todo el santo año de Dios. Y



es que la valiente santita de Siracusa tiene hecho mucho y bueno en esta isla, porque consuela a los ciegos y refresca la fe de los videntes que, como cada hijo de vecino, no andan exentos de las enfermedades de los ojos. Los velatorios de Santa Lucía son famosos en Lanzarote, y pocas son las familias que duermen la víspera del día que conmemora la victoria de la Santa sobre las pretensiones inmorales del romano. En Mozaga, una noche de Santa Lucía tiene semejanza a aquella otra de Belén, porque la campiña pronto duerme su sueño invernal, mientras que en las casas, en las rústicas cocinas de piedra, crepitan la leña y el ramaje para guisar café y chocolate, para pasar las horas hasta la mañana siguiente. Reunido el vecindario hablará de todo, en especial, de sus labores agrícolas y de los milagros de la Virgen de la Peña y de los favores de Santa Lucía. El caserío se envuelve en un silencio religioso, y sólo el viento quiebra la quietud del pueblo que vela embebido para cumplir la retahíla de sus promesas. Cerrada la noche, el cielo sin estrellas ni luna pesa como un sudario sobre los campos dormidos, pero en cada casa de Mozaga vive y late la emoción de los rezos, cuyo rumor suave y lejano se oye a la vez que se abre alguna puerta... A nadie, en esta noche, Mozaga cierra su puerta, porque es noche única, excepcional, en la que hasta los perros y gatos comen bizcochos bien untados de espeso chocolate.

Tiene Mozaga un mal recuerdo, y fue aquél en que dos<sup>4</sup> de sus vecinos se amotinaron contra la Guardia Civil, a principios del presente siglo, mereciendo por ello el severo castigo impuesto por el Consejo de Guerra. Llegaban a Mozaga, el 16 de marzo de 1903, don Domingo Pérez Galdós y don Ricardo García, oficiales de infantería y artillería respectivamente, para entender en los preliminares de dicho Consejo.

La Peñas del Santo, al sureste de Mozaga, tienen tierra excelente para el labradío y para las vides. Desde estas Peñas del Santo puede verse a la Real Villa de Teguiise, hacia los fondos de Morro Alto, más allá de la lengua sedienta que forma Majapalomas, con su alto campanario y sus vetustas siluetas de señoriales caserones y conventos. A Mozaga la cruzan cuatro caminos, y desde este pueblo puede irse el viajero a donde quiera, para gozar de clima y paisaje, o para «ver danzar el sol».

## NOTAS AL CAPÍTULO

---

1. Don Pedro A. del Castillo dice que fray Diego «avía temido el riesgo y se detubo a entrar en él (Se refiere al lago donde había caído San Torcaz), salió corriendo por aquellos yermos, a buscar gente para sacar o recoger el bendito cuerpo, y aviendo passado más de tres horas (desde que cayó hasta que lo sacaron) que ocurrieron al sitio, se vió, por el cristal diáfano de las aguas, que estaba de rodillas en lo profundo, en fervorosa oración; y saliendo de ella, todo era elogios a María Santísima y misterios de su Inmaculada Concepción, de que era devotísimo. Hizose, en esta memoria, un poco separado de este sitio, donde lo permitió el terreno, una iglesia con título de Nuestra Señora de la Peña».
2. Viera y Clavijo, comenta la fecha de la muerte de fray Julián, y la rechaza. Se señalaba como año del óbito el de 1485, pero dice que no puede ser, porque parte de la base de que San Diego salió de las islas en 1449, después de haber muerto fray Julián (dato asimismo falso, si no es que todo ello lo resulta).
3. Fechada en Teguiise en 1786.
4. Fueron José Horta Machado y Juan Lemes Machado.